

El Bronce Vivo

Durante la noche fría, estrellada y solitaria, la estatua del indio patagón se levantó de la piedra robusta en la que ha permanecido tanto tiempo sentado. Aquello que lo rodea es más que irreconocible para cada sentido, excepto el aire tan refrescante que golpea despiadada e implacablemente al cuerpo de bronce añejado. Durante la noche, el indio caminó por las calles en contraviento, atraído por algo indescriptible. Las luces se apagan a su paso estoico dejando ver la luna creciente. Al llegar a la playa, los dedos del indio se ven ahogados en arena y al entrar al agua teñida de un color negro como el vacío más oscuro, un sentimiento de libertad invade cada centímetro de la aleación, como si volviera a la forja y al rojo vivo. Tomó su primer respiro en el mar, dejándose hundir como una reliquia perdida, imposible de encontrar una vez enterrada.

Al pasar el tiempo, el indio se levantó del agua mientras el cielo era bañado por el deslumbrante sol que, al igual que el indio, salía de su escondite en lo profundo del horizonte. Entonces él siguió sus pasos marcados en la arena y el concreto de vuelta a su lugar de descanso. Un viaje que de ida fue tan difícil, de vuelta se volvió una caminata despreocupada a merced del brillo blanco del sol que parecía purificar el metal de toda impureza. Como último acto, antes de volver a su inamovible estado sentado sobre la piedra firme, el indio contempló de nuevo la ciudad extraña de Punta Arenas, lejos de su hogar en la Patagonia y soltó una lágrima que fue secuestrada por el aire y desaparecida en el viento. Entonces en un lapso corto de tiempo que pareciera contener una eternidad, la estatua volvió a su posición.

Vicente Alonso Barría Neira